

# LIBROS

60

LETRAS LIBRES  
ABRIL 2020

**Andrés Horacio Reggiani**

• HISTORIA MÍNIMA DE LA EUGENESIA EN AMÉRICA LATINA

**Carlos Velázquez**

• DESPACHADOR DE POLLO FRITO

**Christopher Domínguez Michael**

• HISTORIA MÍNIMA DE LA LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO XIX

**Ernesto Lumbreras**

• UN ACUEDUCTO INFINITESIMAL. RAMÓN LÓPEZ VELARDE EN LA CIUDAD DE MÉXICO 1912-1921

**Lucy Cooke**

• LA INESPERADA VERDAD SOBRE LOS ANIMALES

LIBRO DEL MES

**Carlos Fuentes**

• A VIVA VOZ. CONFERENCIAS CULTURALES



**HISTORIA**

## El atajo de la eugenesia



**Andrés Horacio Reggiani**

HISTORIA MÍNIMA DE LA EUGENESIA EN AMÉRICA LATINA

Ciudad de México, El Colegio de México, 2019, 286 pp.

### RAFAEL ROJAS

En la misma América Latina de principios del siglo xx, en que proliferaban las ideologías del mestizaje que sustentaron políticas colonizadoras y migratorias en grandes y pequeños Estados, como Brasil, México y Argentina, o Venezuela, Uruguay y Cuba, tuvo lugar una amplísima y favorable asimilación de las ideas eugenésicas. Aquel saber –algunos se resistieron a llamarle “ciencia”– había surgido en la obra del biólogo y etnólogo británico Francis Galton, primo y protegido de Charles Darwin, desde fines del siglo xix, pero comenzó a institucionalizarse en Europa, Estados

Unidos y América Latina en las primeras décadas del xx.

Galton inscribió las tesis de su célebre estudio, *El genio hereditario* (1869), en la poderosa corriente del darwinismo social. Sin embargo, ya en la década de 1880 sus ideas sobre la pretendida “superioridad” o “inferioridad” de las razas derivaban en un campo de experimentación biológica que llamó, precisamente, “Eugenics”, en alusión a una serie de mecanismos para lograr el “mejoramiento” de la raza. Para los primeros años del siglo xx, con apoyo del Royal Anthropological Institute de Londres, Galton había creado una Eugenics Education Society y una *Eugenics Review*, que se encargarían de crear redes de seguidores a nivel mundial.

El historiador argentino Andrés Horacio Reggiani ha escrito una historia compacta de las ideas, instituciones y políticas eugenésicas en América Latina. Comienza Reggiani reconstruyendo el viaje de la doctrina a estas tierras, dentro de una amalgama de teorías evolucionistas que abarcaba casi todas las ramas de la ciencia y el derecho: desde la psicología hasta la criminalística. Menciona el autor a algunos ensayistas latinoamericanos de principios del siglo xx, como Carlos Octavio Bunge, Alcides Arguedas y Francisco García-Calderón, que acogieron aquellos referentes. Se podrían mencionar muchos otros: los mexicanos Francisco Bulnes y Emilio Rabasa, los venezolanos José Gil Fortoul y Laureano Vallenilla Lanz, el chileno Joaquín Edwards Bello o el cubano Alberto Lamar Schweyer.

Pero más que las lecturas latinoamericanas de Galton y Le Bon, Gobineau y Lombroso, lo que interesa a Reggiani es la institucionalización de la perspectiva eugenésica

en aquellas repúblicas oligárquicas. El historiador encuentra en muchas naciones una legislación tendiente al control migratorio, dirigida contra chinos, judíos, árabes y africanos, que ya percibe en la Ley de Residencia argentina de 1902 y en toda la estrategia de “defensa social” que prolifera entonces en la región. Y agrega un elemento poco ponderado hasta ahora en la historiografía: el gran impulso que confirió el panamericanismo a la eugenesia latinoamericana.

Comenta Reggiani que una Ley de Inmigración presentada en el Congreso argentino por el diputado de la Unión Cívica Radical Carlos F. Melo, en 1919, llamaba a cerrar el paso a las “lacras” y “desechos sociales de la guerra”, provenientes de Europa. Justo en aquellos años comenzaron a celebrarse las Conferencias Panamericanas de Eugenesia y Homicultura, que tuvieron lugar en La Habana, Buenos Aires, Lima y otras ciudades de la región. A partir del respaldo que recibieron desde Estados Unidos, los eugenistas latinoamericanos decidieron avanzar en una estrategia continental que lleva a decir a Reggiani que “la eugenesia latinoamericana fue un caso único de intento de forjar un programa común de repoblamiento cualitativo a escala regional”.

Tres de los países mejor ubicados en esas redes fueron Argentina, México y Cuba, a pesar de que en cada uno, desde fines del XIX, se produjeron políticas migratorias y raciales muy diversas. Lo que unificaba, a la altura del medio siglo, a los ingenieros sociales de esos países, era una mezcla o alternancia entre criollismo, mestizofilia y blanqueamiento, que redundaba en mecanismos de control migratorio e integracionismo racial, contrapuestos a la diversidad cultural. Las páginas dedicadas

al caso brasileño, antes y durante el régimen de Getúlio Vargas, donde se comentan los textos e iniciativas de Francisco José de Oliveira Viana, Fernando de Azevedo, Andrade Bezerra y Cincinato Braga, son concluyentes respecto a la sintonía entre la xenofobia y el mestizaje. La propia Constitución varguista estableció que, para “garantizar su integración étnica”, los inmigrantes no podían exceder el 2% del total de residentes de sus respectivas naciones, establecidos en Brasil en el medio siglo anterior.

Esta historia mínima de la eugenesia explora otras áreas de la política pública en las que fue adoptada aquella doctrina como la educación física, la higiene, la planificación familiar o el control de la reproducción. Reggiani menciona, entre otros mecanismos eugenésicos, los exámenes médicos prenupciales para evitar la trasmisión de enfermedades venéreas, que se aplicaron en países como Brasil, Chile, Bolivia, México, Panamá y Cuba, o las leyes de esterilización, dentro de las que destaca la veracruzana de 1932 promovida por el gobernador Adalberto Tejeda. Sostiene el historiador argentino que Tejeda impulsó la Ley 121, en aquel año, como parte de una reforma profunda del Código Civil estatal que buscaba corregir hábitos y vicios, como el alcoholismo y la prostitución, que contribuían a la “degeneración de la especie humana”. En la “Sección de Eugenesia e Higiene Mental” de aquella ley, se proponía la esterilización forzosa de “locos, idiotas, degenerados o todos aquellos dementes”, cuya condición fuese “incurable o hereditariamente trasmisible”.

Se detiene también Reggiani en los estudios biométricos realizados por José Gómez Robleda y su equipo, en la UNAM, durante los

años cuarenta. En sus investigaciones biotipológicas sobre los pescadores y campesinos tarascos, Gómez Robleda llegó a la conclusión típicamente integracionista de que el atraso de las comunidades indígenas se debía al aislamiento y no a alguna “inferioridad” o “degeneración” étnica. Aquellas comunidades, según el científico mexicano, eran aptas para la “vida civilizada” y, para alcanzar su “progreso” o su “adelanto”, era preciso implementar políticas favorables a su integración social y económica, dentro de las que figuraba la apuesta eugenésica por el mestizaje. En Gómez Robleda encuentra Reggiani una de las más claras formulaciones, en América Latina, de una política “indigenista” basada en la “desindianización” de la sociedad.

Tal vez hubiera sido interesante cerrar este libro con alguna reflexión sobre los usos transversales de la eugenesia que se observan en la América Latina de principios del siglo XX. Al igual que en Estados Unidos y Europa, donde la eugenesia interesó lo mismo a gobiernos democráticos que totalitarios, en nuestra región fue un atajo para acelerar el desarrollo social, adoptado por repúblicas oligárquicas, dictaduras caudillistas, populismos clásicos como el varguista o el peronista y Estados posrevolucionarios como el mexicano. Muchas subsistencias del proyecto eugenésico se verificaron en todo el espectro político latinoamericano de la Guerra Fría, desde las dictaduras militares de Brasil y Argentina hasta la Revolución cubana. —

---

**RAFAEL ROJAS** es historiador y ensayista. En Taurus publicó *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* (2018).

## CUENTO

### Ingenio y caducidad



**Carlos Velázquez**  
**DESPACHADOR DE**  
**POLLO FRITO**  
Ciudad de México, Sexto  
Piso, 2019, 136 pp.

#### ANTONIO VILLARRUEL

Como palabra primera, desmentir que la obra narrativa de Carlos Velázquez (Torreón, 1978) pertenezca al género de la “literatura nortea”. Si tal categoría existe y en efecto rebasa las tramas editoriales de superventas y los tópicos de balaceras, buchonas y esa muy macha melancolía masculina en parajes desérticos, Velázquez ha conseguido ponerla en crisis escarneciéndola o procurando que el registro literario se expanda y contradiga sus columnas constitutivas, un poco al modo de Daniel Sada. La literatura de Velázquez es posible sin Coahuila, como en *El pericazo sarniento (selfie con cocaína)* (2017) y, en el que quizás es su mejor relato hasta la fecha, “Muchacha nazi”, una disparatada historia de lujuria, mala suerte y lucha de clases con que se abre *La efeba salvaje* (2017), su penúltimo libro de cuentos. “Muchacha nazi”, además de ser un agradecido gesto a Fogwill, prueba la capacidad de Velázquez para ambientar historias nada menos que en la Ciudad de México, la bestia negra, centro y némesis al que se niega pertenecer y adonde aparentemente odia regresar. Ya que lo logra allí, lo consigue también en las ciudades a las que el narrador —a veces el autor, y volveré sobre esto más adelante— es invitado para conversar en ferias del libro, o donde aterriza en busca de cocaína.

Si Velázquez se acoge a alguna genealogía, esta es la de escritura salvaje, que tiene a México como república literaria por excelencia. La tierra donde decenas de gringos y europeos hacen de la experiencia y la literatura una misma cosa durante el siglo XX y, en un gesto ya inocentón, estiran las posibilidades de supervivencia humana entre drogas ignotas, zafios tiroteos, percepciones metafísicas y viajes inconcebibles en sus propios países. Velázquez parece haber sido buen lector de los Artaud, los Lowry, los Miller y los *beatniks*, y ha destilado de ellos esa inocencia compasiva con la que el blanco llegaba a su Disney para adultos. Y —todo hay que decirlo— ha mandado ese destilado al carajo, para buena fortuna y alivio de escritor y lector. Como en las que-rencias íntimas de los aventureros primermundistas, sin embargo, el santo y seña de la literatura de Velázquez es aquella vena, entre populista y vitalista, profundamente antiintelectual, bien avenida con el humor altanero y la habilidad para contar, resumida también en un rechazo categórico a la retrospectión y el regusto a idiosincrasia o clase social. Una suerte de revisión del grotesco rabelesiano desde las contradicciones de un escritor incrédulo, socarrón y muy contemporáneo en esa celebración de su propia procacidad y en el humor corrosivo contra cualquier forma de politización, sea esta el veganismo, el marxismo o la militancia cibernética. La valía de la aventura contemporánea de Velázquez triunfa en su disidencia con cualquier experiencia colectiva: su hiperindividualismo es su potencia más expansiva.

Este solipsismo iconoclasta ha dejado marcas en la escritura

y no siempre son satisfactorias. Por eso, tal vez la gran pregunta que despierta *Despachador de pollo frito*, su más reciente libro de cuentos, es si es posible escribir por fuera del estilo. O contra el estilo, da lo mismo. Y en este desafío, el autor logra lo mejor de sí, pero derrapa hacia su propio despeñadero. Los cinco cuentos aquí reunidos se valen de narradores omniscientes o en primera persona, a cargo de la apertura del argumento o de completar su información, y son relevados sin demora por largos diálogos, que alternan el desarrollo de la acción y labran los personajes. Salvo “La vaquerobvia del Apocalipsis (Cagona star)”, una sátira del habla y el humor travestis que caduca a la tercera página por predecible, las narraciones del autor no tienen desperdicio: están repletas de ocurrencias afortunadas. El mejor relato, “Paul McCartney for dummies”, absorbe la leyenda de una réplica del exbeatle que toca en vivo. “Desnucadero” cuenta el amorío de un triste funcionario con Yadira, una mujer de cuarenta años, obsesionada con el EZLN y de infinita voracidad sexual: “Nos desnudamos y cogimos con tal empeño que pudieron habernos filmado y después transmitido el video por National Geographic. Y su mamá estaba ahí, a menos de quince metros, frente al televisor. Un ratote después nos llamaron a comer y cuando me senté en la mesa del comedor la mamá me sonrió. Sin un gramo de hipocresía. Me sonrió con ternura genuina. Recién en ese momento me enteré que la posmodernidad había llegado a mi pueblo”, escribe el narrador y remata, algo después: “Más que convertirme en socio lo que me indignaba era

que quisieran empatarme con una comunista. Hay que tomar partido en esta vida. No puedes ser pudiente y marxista.”

“Schade deconstruido” recrea la historia de una patética camerata de ciudad mediana, dirigida por un insolente dado al travestismo, la infracción sexual y la megalomanía. El director Salomón Schade había estudiado en Viena pero había perdido el rigor, ofuscado por los vítores de Tatahuila, su ciudad. El otrora sumiso asistente de Schade urde con una travesti ultrajada la venganza perfecta para intentar salvar a la orquesta de la tiranía del sexópata. Finalmente, el cuento que da nombre al libro refiere la cómica y tristísima deriva de Mr. Bimbo, empleado de KFC y adicto a la piel de pollo de aquellos locales, quien abandona a su mascota piraña para vengarse de su jefe, Evaristo, después de que este lo ridiculizara tras enterarse de que su hijo otaku había sido sodomizado por Bimbo con un hueso de aguacate.

Velázquez no pierde la oportunidad de incrustar oleadas de humor corrosivo: una parte no menor de algunas de sus desternillantes bromas procede del ridículo que su propia figura, escritor, cocainómano, comedor, bebedor y norteño, provoca tanto en la ficción como en escritos autobiográficos: no parece haber modulación alguna entre el Velázquez que inventa y el que registra acontecimientos reales. No hay pudor ni solemnidad alguna en los cuentos, las crónicas o las costumbres de un narrador que sabe que su madurez radica en la insolencia contra sí mismo, contra ciertas convenciones reaccionarias o progresistas y, en última instancia, contra una cierta idea de la literatura,

aquella que estipula que esta no es más que la convicción de un estilo. Su truculencia y osadía radican en la defensa de que la última posibilidad de la escritura es la refutación de la sutileza, de que el justo resguardo de las letras es la reacción ante lo estetizante por mano de lo patibulario: en esta vía, opta por sobreexponer lo elíptico y saturarlo de grasa, sangre o semen. El problema aparece cuando tal ingenio se repite y da vueltas sobre sí mismo, hasta mutar en una suerte de reflejo no condicionado cuya efectividad depende solamente de una estridencia facilona. Algo de lo que sufrieron quienes precedieron a Velázquez en esta forma de estetización, la de la contra, y la volvieron un recurso esperable y casi ingenuo. —

**ANTONIO VILLARRUEL** es autor de *Ciudad y derrota: memoria urbana liminar en la narrativa hispanoamericana contemporánea* (FLACSO, 2011).



## HISTORIA LITERARIA

### Literatura mexicana del siglo IV



**Christopher Domínguez Michael**  
HISTORIA MÍNIMA DE LA LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO XIX  
Ciudad de México, El Colegio de México, 2019, 320 pp.

### PABLO SOL MORA

Hace ya más de veinte años, un joven crítico, en una obra titulada *Tiros en el concierto. Literatura mexicana del siglo V*, proponía considerar el siglo XX como el V de nuestra literatura, juzgando acertadamente que esta había comenzado en el XVI. Lector fundamentalmente moderno, al crítico

no parecía interesarle demasiado lo que había ocurrido antes y supongo que si alguien le hubiera profetizado entonces que eventualmente escribiría una historia de la literatura del siglo IV, o sea, el XIX, lo habría visto con cierto escepticismo. En aquella obra, escribía: “en este texto se utiliza una falacia patética: los ateneístas son los fundadores de Roma. Con ellos empieza la narración escrita de nuestra República de las Letras. Antes de ellos está la prehistoria”. Pero he aquí que la prehistoria se ha vengado con creces del crítico, pues ya le ha hecho dedicarle prácticamente mil páginas, si sumamos las de *La innovación retrógrada. Literatura mexicana, 1805-1863* y las de esta *Historia mínima de la literatura mexicana del siglo XIX* (más de trescientas páginas: no tan mínima).

Era, me imagino, inevitable. Christopher Domínguez Michael, aquel joven escritor, se había propuesto ser el crítico de la literatura



mexicana (y lo es desde hace tiempo, sin mayor competencia, aunque su club de *baters* rabie y patalee, pero ahí está una creciente obra crítica que sencillamente no tiene parangón en las letras mexicanas), y quien tiene semejante propósito no puede darse el lujo de ignorar un siglo de literatura. Hace tiempo, pues, CDM se fue de viaje al siglo IV y ha regresado con este par de historias.

La historia literaria anda un poco de capa caída en el conjunto de los estudios literarios, donde en cambio abunda la crítica y la teoría. Es un error y una lástima. No se entiende literatura sin historia literaria y llevar a cabo diversos estudios de esta índole (de una lengua, de un continente, de un país, de un género, de un grupo, de una idea, de una revista, etc.) debería ser una de las tareas básicas del estudio de la literatura, sobre todo en la academia. Hoy se antoja desmesurado que una sola persona emprenda la historia de la literatura de una lengua o una nación, así sea solo de un periodo. Se entiende, dado el grado de especialización, pero hay algo que se pierde en ese paso de lo individual a lo colectivo. Precisamente: la visión personal, única, integral que un solo lector —que tiene, por supuesto, que ser un gran lector— posee de una literatura y su consecuente



exposición en una forma y estilo igualmente personales. Eso es lo que hace de una historia de la literatura una obra, a su vez, propiamente literaria: un sello de autor, una inteligencia y una voz particulares.

La primera parte de esta *Historia mínima de la literatura mexicana del siglo XIX* está espigada de la voluminosa *La innovación retrógrada* y se completa con el periodo que allí no alcanzó a cubrir (el encargo original de El Colegio de México era la *Historia mínima*, pero al autor se le pasó un poco la mano y salieron las seiscientas páginas de *La innovación retrógrada*; ahora la retoma para cumplir con la encomienda inicial). Por aquí desfilan los resechos árcades mexicanos, el callejero Fernández de Lizardi, el mitómano Bustamante, el semiolvidado cubano-mexicano Heredia (por el que CDM siente una simpatía evidente y al que dedica el mejor capítulo del libro), la mítica Academia de Letrán, los maestros liberales (Prieto, el Nigromante, Riva Palacio, Altamirano), los novelistas (Payno, Inclán, Frías, Gamboa, entre otros) y finalmente los románticos y los modernistas. Idealmente, una historia literaria se emprende luego de un trato prolongado y continuo con las obras y autores a historiar; idealmente, digo, porque en este caso parece claro que CDM lee por primera vez a varios de ellos y que si llevara más tiempo leyéndolos su juicio sería más informado y más completo. Sin embargo, su agudeza lectora, su vasta cultura letrada (que le permite situar al XIX mexicano en el contexto más amplio de la literatura de la época) y su prosa genuinamente literaria, muy superior a la que suele encontrarse en los ámbitos académicos, harán de esta una obra de referencia.

La idea clave sigue siendo la de la “innovación retrógrada”, tér-

mino que CDM toma del desdichado Villemain, de cuyo *Curso de literatura francesa* es uno de los pocos lectores entre nosotros (por cierto, recurrir a un crítico decimonónico y componer una historia literaria como esta, en un formato más bien tradicional, ¿no tiene, a su vez, algo de “innovación retrógrada”?). Esta consiste, en pocas palabras, en intentar avanzar mediante un anacronismo, cuyo máximo ejemplo serían los pobres árcades mexicanos, a principios del XIX, jugando a ser Virgilio en Xochimilco. Con autores como Heredia o Payno, sostiene CDM, y definitivamente con el modernismo, la literatura mexicana abandonaría la innovación retrógrada y comenzaría a ser genuinamente moderna y contemporánea.

A ratos, y el propio CDM lo reconoce, se nota que le costó no poco trabajo leer a autores y obras que no necesariamente le entusiasman (y cuando más brilla un crítico es cuando escribe sobre algo que genuinamente le apasiona, claro está). Entiendo que es uno de los deberes que se ha impuesto, pero hago votos porque dedique más tiempo a obras más personales y de mayor libertad e imaginación formales. De ellas depende la de por sí improbable posteridad del crítico. En otras palabras: más Cyril Connolly —el de *La tumba sin sosiego*—, menos Menéndez Pelayo. Por lo demás, cuando en un futuro las naciones sean parte del pasado (y con ellas las literaturas nacionales) y un remoto y cosmopolita erudito se interese en México y en eso que se llamó literatura mexicana, tendrá claro quién fue su crítico. —

**PABLO SOL MORA** es escritor, crítico literario y director de la revista *Criticismo*. En 2017, el FCE publicó *Miseria y dignidad del hombre en los Siglos de Oro*.

## ENSAYO

# Los pasos de López Velarde



**Ernesto Lumbreras**  
UN ACUEDUCTO  
INFINITESIMAL. RAMÓN  
LÓPEZ VELARDE EN  
LA CIUDAD DE MÉXICO  
1912-1921  
Querétaro, Calygramma/  
Fonca, 2019, 166 pp.

## JOSÉ HOMERO

“Lo típico de la poesía de Baudelaire —escribe Walter Benjamin— reside en que las imágenes de la mujer y de la muerte están compenetradas de una tercera, la imagen de París. El París de sus poemas es una ciudad sumergida y casi submarina antes que subterránea.” Este juicio del melancólico escritor que convirtiera la excursión urbana en un símbolo del pensamiento parece un frontispicio idóneo para presidir el acueducto mediante el cual Ernesto Lumbreras asedia a Ramón López Velarde, sobre todo si recordamos que la consanguinidad entre las obras y biografías de Baudelaire y López Velarde se impuso desde la temprana recepción crítica como una de esas tonadas de época que se recuerdan más por su facilidad que por sus virtudes.

Al respecto, uno de los primeros biógrafos, su amigo Pedro de Alba, sentenció: “Una de las grandes pasiones de López Velarde fue su amor por la Ciudad de México. Él y yo nos identificamos en ese punto.” Otro enamorado de la ciudad, imbuido del espíritu del *flâneur*, Vicente Quirarte, quien ha seguido los pasos del poeta y atestiguado su asombro ante las muchachas núbiles que acuden a la iglesia o el cosquilleo que torna hormiguero su piel, dijo a su vez: “De tu muerte prematura, Ramón, a nadie podía culparse

sino a tu fervor por la Ciudad de México. Tu afán peripatético y tu sed andariega que te llevaron a explorarla en sus entrañas.”

Atento a estas invocaciones, un lector perezoso de *Un acueducto infinitesimal* supondría un volumen que recorre senderos acotados, siguiendo a ratos la impronta de Benjamin, relacionando en otros, como un gentil guía, los lugares potenciados por la memoria del poeta jerezano. Sin embargo, Lumbreras se desentien de pronto de las caminatas urbanas y del culto al flaneurismo. Más que desentenderse, asimila la naturaleza nocheriega del ensayo en su esencia más profunda y así, en vez de caminar literalmente junto al poeta, otorga a su reflexión una condición alada, ligera, a trote no solo por las resonantes arterias de piedra, sino sobre todo por la cartografía de López Velarde.

Ese lector notará entonces que además de haber sido atraído hacia un salón que le ha prometido una crónica, deleitosa sí, pero superficial, ha de enfrentarse a un estudio —¡otro!— sobre el poeta, con un sinuoso celestino que en vez de conducirlo a una recámara privada lo invita a continuar el viaje. Por ello anuncia que seguirá “el rastro de su aventura vital y literaria, subrayando, en ciertos momentos, las coordenadas históricas y políticas”. Bajo la argucia de los paseos, este ensayo asedia desde otra avenida, la plaza de la vida del poeta. Y, en efecto, uno de los méritos es el examen prolijo de la huella de la vida de López Velarde en la Ciudad de México; e igualmente la minuciosidad para aclarar detalles de su vida erótica y deslindar los rasgos de sus amadas. Sin embargo, el recorrido se aleja de las experiencias íntimas para incursionar en las cámaras de la historia y la política; y después, para abordar las discusiones literarias en que intervino el poeta zacatecano.

¿Qué es esto?, se pregunta algo mohíno nuestro lector, que ha dejado su asiento para mirar, perplejo el ceño, el hermoso pero extraño tomo que sostiene en sus manos. Entiende que no es una guía por la ruta velardiana, que no es una semblanza que resuma las certezas biográficas ni tampoco una simple relación sobre la pasión erótica. Advierte, ya totalmente incorporado de su mullido sillón y sirviéndose un whisky de la licorera para apaciguar su creciente excitación, que el ensayo es una biografía espiritual de las influencias y aspiraciones del autor; una indagación sobre las ideas estéticas y el registro de las coordenadas del pensamiento de la época. Nuestro lector comprende finalmente, con cierto horror, que está ante un fruto monstruoso, polimorfo.

Ernesto Lumbreras refrenda en este volumen su método literario que es también una confesión crítica. Su fundamento es eminentemente poético, a condición de que devolvamos al término su pureza —*poiesis*: obrar—, y por ello, como ha probado ya con otras empresas dedicadas a explorar autores y poéticas —Malcolm Lowry, José Clemente Orozco, Francisco Toledo—, asedia la escritura de Ramón López Velarde desde facetas diversas. De ahí que su propia factura adopte formas diversas. Es una pieza de geografía: coteja mapas y traza itinerarios; es una galería de fantasmas —para invocar la aparición del gran amigo olvidado de Ramón: Enrique Fernández Ledesma— por la que desfilan corifeos y antagonistas del protagonista; recuento sobre las simpatías políticas y los lazos de afinidad del poeta; y sobre todo: un magistral tomo de exégesis literaria.

Dotado de los atributos indispensables del ejercicio analítico —la prolijidad para la revisión minuciosa de

los documentos primarios, el acopio lector— y la imaginación para conjeturar, Lumbreras va precisando detalles al tiempo que traza nuevos senderos para continuar explorando esta obra laberíntica. A la pasión del comentarista, en la vena del placer del texto, se añade la del interlocutor informado que, en vez de aventurar hipótesis sostenidas en la lucubración, prefiere la acotación puntual. Así dilucida la identidad de María Nevaes detrás de textos que la crítica ha considerado como guiños a Josefa de los Ríos; descubre también y nos enteramos de que esta amada inmortal, quien llegó a la capital para curarse y terminó falleciendo aquí, vivía en la calle de Córdoba en el número 96, por lo que no solo era vecina del poeta sino también de la otra musa simultánea, Margarita Quijano, cuya familia habitaba en la esquina de Tabasco y Córdoba. E igualmente, entre el cúmulo de puntualizaciones y hallazgos, podemos enumerar otros: la fecha en que se conocieron RLV y Saturnino Herrán; la identidad de la modelo para la pintura que ilustra la primera edición de *La sangre devota*; la influencia de Leopoldo Lugones que aporta una visión singular y cuestiona la opinión al uso sobre las lecturas del poeta argentino por parte de RLV: *El libro fiel* en vez de *Lunario sentimental*. Además de abordar refracciones pocas veces vislumbradas, como la relación del poeta con la música; o el examen de la crítica literaria a través de cual el poeta trazó las líneas de su poética; o la relación entre el poeta y su padre.

Cabe mencionar que si bien la edición es de gran belleza y calidad editorial, como otros libros curados por Federico de la Vega, hubiera sido preferible considerar un tamaño distinto. Entendemos que el formato fue pensado para acompañar al texto con imágenes, por lo que el libro es

en sí de naturaleza anfibia, una suerte de álbum que satisface la curiosidad del lector velardiano inveterado, pero la caja termina siendo pequeña con un puntaje e interlínea un poco compactos para las dimensiones del volumen; más propio de un libro para mesa de café —o de biblioteca— que para una lectura placentera.

*Un acueducto infinitesimal*, además de un aporte singular a la bibliografía sobre Ramón López Velarde, es una excelente introducción a esa ciudad poética. La maestría de la prosa confirma a Ernesto Lumbreras como un escritor que no teme que la información ahogue su respiración lírica, ni que sus iluminaciones ofusquen la indispensable inteligencia. —

**JOSÉ HOMERO** es poeta, ensayista, editor y periodista. Autor, entre otros libros, de *Sitio del verano* (Instituto Literario de Veracruz, 2013).



## ENSAYO

### Vivir como animales



**Lucy Cooke**  
**LA INESPERADA VERDAD  
SOBRE LOS ANIMALES**  
Traducción de Francisco  
José Ramos Mena  
Barcelona, Anagrama,  
2019, 448 pp.

#### GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

“Tenemos la costumbre de ver el reino animal a través del prisma de nuestra propia y más bien limitada existencia [...] La vida adopta una soberbia multitud de formas extrañas, y hasta las más simples requieren una interpretación compleja”, dice Lucy Cooke en *La inesperada verdad sobre los animales*, su hilarante y conmovedor compendio de hallazgos, malentendidos y anécdotas sobre los terrícolas no humanos.

Acostumbrados como estamos los habitantes del siglo XXI a pensar que lo sabemos todo es, en efecto, inesperado lo que se halla entre sus páginas en torno a nuestros vecinos planetarios. Aunque, por desgracia, no es ninguna sorpresa en cuanto a lo que los seres humanos revelamos de nosotros a partir de nuestra conducta hacia ellos.

El libro, a decir de su autora, es una suerte de “zoológico de incomprendidos”, una reunión de especies (anguilas, castores, perezosos, hienas, buitres, murciélagos, ranas, cigüeñas, hipopótamos, alces, pandas, pingüinos y chimpancés) cuya *reputación* ansiaba salvar o, al menos, aclarar las ideas erróneas que la gente se ha hecho de ellas. Debido a los prejuicios humanos (o quizá sea mejor decir a la falta de juicio), varios de estos animales gozan de poca simpatía y, por ende, carecen del apoyo para su estudio y conservación que sí favorece a otras especies en estos tiempos de extinción masiva. Otros, en cambio, tienen una serie de virtudes impuestas y engañosas que los ponen en riesgo tanto a ellos como a las personas. Es el caso de los pandas, cuyo aparente desinterés para la reproducción en cautiverio dista mucho de las extravagantes prácticas sexuales que realizan en su hábitat, un placer incompatible con su función de agentes diplomáticos de China para el mundo; o el de los pingüinos, utilizados por los grupos religiosos en Estados Unidos para captar fieles con el documental *El viaje del emperador* que, según el crítico de cine conservador Michael Medved, es “la película que más apasionadamente afirma las normas tradicionales como la monogamia (heterosexual), el sacrificio y la crianza de los hijos”, cuando en realidad también pueden ser homosexuales. Y es también el caso de los hipopótamos, cuya

natural fiereza ha sido diluida por su recurrente papel de bonachón en las caricaturas infantiles, lo que ha provocado perturbadores encuentros con la población colombiana después de que el narcotraficante Pablo Escobar los importara de África.

Cooke es una eminente zoóloga que ha sido presentadora de documentales de televisión, esos que aún solemos mantener como tapiz de fondo durante nuestras actividades cotidianas y que, con sus valientes anfitriones, digeribles Topio y potentes cámaras, nos dan la sensación de que la verdad ya nos ha sido dada, de que hoy más que nunca es fácil desentrañar los misterios del mundo animal. Desde luego, esa idea dista mucho de la realidad, y este libro también es un homenaje al conocimiento de la naturaleza construido por numerosas personas a lo largo de la historia. Lo interesante es que la autora hace este reconocimiento entretejiéndolo con una justa crítica a los métodos que la humanidad ha utilizado (y sigue utilizando) para alcanzarlo: el afán de dominio, la arrogancia y la antropomorfización como único camino hacia la empatía: “pintar el reino animal con nuestra brocha ética artificial equivale a negar la asombrosa diversidad de la vida en todo su esplendor”.

La historia de nuestra curiosidad es, también, la de nuestra crueldad. Basta leer acerca de los experimentos a los que el sacerdote italiano Lazzaro Spallanzani sometió a los murciélagos durante el siglo XVIII, unas criaturas de las que el célebre naturalista Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (el *bufón* predilecto de Cooke a lo largo de todo el texto, por cierto) dijo en su enciclopedia: “Un animal como el murciélago, que es mitad cuadrúpedo y mitad pájaro, y que en resumidas cuentas no es ni lo uno ni lo otro, por fuerza tiene

que ser monstruoso.” Esta presunción, ligada al mito de que los quirópteros chupaban litros de sangre cada noche y eran cosa del diablo, pareció ser suficiente para ejercer todo tipo de crueldades contra ellos en pos de saber qué los hace capaces de orientarse con tanta eficacia en la oscuridad. Si *La inesperada verdad sobre los animales* se tratase únicamente de enumerar atrocidades sería un libro un tanto repelente, sin embargo, la autora es partidaria de los matices: no hay un solo animal que no evidencie el sufrimiento directo o indirecto que le han infligido los seres humanos, como tampoco lo hay que no nos obsequie un entendimiento más completo e iluminador. Cooke les devuelve la dignidad (y mantiene el interés de la comunidad lectora) gracias a su estrategia discursiva principal: el sentido del humor. De los mismos murciélagos, por ejemplo, se burla un poco: “Dado que mi primera cita con un quiróptero fue con el Dirk Diggler (*el actor porno*) de los murciélagos, pensé que quizá podría formarme una opinión ligeramente sesgada de estos animales.” Pero también nos revela que regurgitan sangre coagulada para alimentar no a sus parientes, sino a desconocidos que no hayan tenido la misma suerte al buscar el sustento. “En el seno de esta comunidad en la que unos cuidan de otros y vomitan y comparten sangre, los murciélagos comparten vínculos entre sí.” Además, afirma, son amantes generosos, exterminadores de plagas y polinizadores de flores y frutos, en suma, muy valiosos para mantener la vida en la Tierra. El papel que este animal ha tenido en la transmisión del coronavirus no debería renovarlo como agente del Mal, sino enfrentarnos a la conflictiva relación que existe entre la devastación de áreas

naturales, la alimentación y la riesgosa cercanía de las personas que termina por desplazar a los animales.

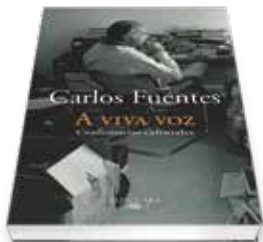
Por otra parte, es un respiro que la curiosidad humana no haya cedido del todo a la brutalidad. Por cada naturalista con tendencias sádicas hay una voz contemporánea que respeta lo no humano sin abandonar la productiva intriga de lo científico. Así, es posible conocer que los hipopótamos secretan su propio protector solar, una sustancia roja y viscosa que Plinio el Viejo confundió con la sangre; que la “pereza” de los perezosos los hace uno de los organismos más exitosos en términos evolutivos (han durado aquí unos treinta millones de años); que el excremento de los buitres, con el que suelen cubrir sus patas, los mantiene libres de infecciones. Es notable que muchas de estas voces son de mujeres especialistas en sus respectivas disciplinas, y contrastan con las voces categóricas masculinas de los tiempos pasados. Voces que de alguna manera otorgan una perspectiva más humilde ante expresiones peyorativas del tipo *vivir como animales*: ¿no sería conveniente en muchos aspectos que la humanidad fuese capaz de habitar el mundo de una forma más cercana a la suya? Aunque tampoco es conveniente caer en la tentación de idealizarlos, como nos advierte Cooke cuando relata su encuentro con los chimpancés: “De alguna manera me resultaban increíblemente familiares y desconocidos a un tiempo: eran como nosotros, y a la vez diferentes de nosotros. El efecto era fascinante y emotivo de un modo raro. Sentí un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos [...] Mi ensoñación se vio interrumpida por el sonido de un pedo.” —

**GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE** es narradora y ensayista. En 2018 ganó el Premio Literario James Tiptree, Jr.



LIBRO DEL MES

CONFERENCIAS



**Carlos Fuentes**  
**A VIVA VOZ. CONFERENCIAS CULTURALES**  
Ciudad de México, Alfaguara,  
2019, 312 pp.

## Fuentes, la voz de la novela

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ**

Tuve la fortuna de escuchar a Carlos Fuentes dictar algunas de sus conferencias en El Colegio Nacional. Recorría a grandes zancadas el auditorio, de un salto subía al escenario, ajustaba el micrófono y de inmediato comenzaba a hablar. Sus conferencias eran chispeantes, entretenidas, transmitían energía. Fuentes era un magnífico actor de sus propias emociones. Sabía comunicar a sus fascinados espectadores su indiscutible pasión por la literatura.

*A viva voz. Conferencias culturales* reúne trece charlas de Carlos Fuentes. Alfaguara no consideró importante informar al lector quién seleccionó y editó los textos que compila este libro. ¿Fue Steven Boldy, estudioso inglés de la obra de Fuentes y autor del prólogo? ¿Si fue él por qué no merece ningún crédito? *A viva voz* es la cuarta compilación de conferencias de Fuentes y repite los mismos errores que los libros que la precedieron: sin el menor aparato crítico; sin índices ni indicación alguna de por qué se incluyeron los textos seleccionados y cuál fue el criterio bajo el cual se editaron esas intervenciones. Esta última omisión es la más importante. ¿Los textos publicados corresponden a textos escritos o también incluyen las improvisaciones de Fuentes? El libro abunda en ideas y frases repetidas, ¿no hubo quien cuidara el texto para evitar estas repeticiones? Las conferencias contienen múltiples referencias contextuales, ¿nadie consideró útil explicar las más importantes en notas al pie de página? Se trata de un fenómeno común en nuestros días: aparecen libros—sobre todo de editoriales grandes—sin editor, sin cuidado alguno, repletos de erratas.

Las conferencias, ha escrito Gabriel Zaid, “son de poca eficacia comunicativa. Es absurdo recorrer media ciudad congestionada para llegar a tiempo y leer de oídas (que es difícil) un texto mal dicho o, peor aún, que no tiene nada que decir; y del cual no es posible saltarse las partes vacuas o el texto completo, que luego se publicará”. Las conferencias son “ante todo testimonios [...] cuya producción teatral es necesaria para las cámaras”. Fuentes actuaba magníficamente sus disertaciones. Era, sin que esto signifique demérito alguno, un perfecto histrión. Imprimía dramatismo y humor en sus intervenciones, imitaba voces, recitaba versos, hacía las pausas y los énfasis necesarios. Como conferencista Fuentes cumplía perfectamente con su papel. ¿Qué tan necesario resulta publicar sus conferencias? Tal vez no mucho. Steven Boldy, en su prólogo, señala que “las conferencias se conciben principalmente para ser pronunciadas y escuchadas”.

Carlos Fuentes fue, también, un ensayista prolijo. Muchas ideas expuestas en sus conferencias están contenidas en sus ensayos. Así, las conversaciones dedicadas a Balzac y a Faulkner que aparecen en *A viva voz* son una glosa del ensayo “La novela como tragedia: William Faulkner”, recogido en *Casa con dos puertas*. “Los hijos de la Mancha” es una versión muy menor del ensayo *Cervantes o la crítica de la lectura*. ¿Qué necesidad había, si cada uno de los autores tratados ya había sido abordado ensayísticamente con largueza, de ofrecer las conferencias en libro, que no representan sino piezas menores en su bibliografía?

Comentarios aparte merecen la conferencia dictada sobre Alfonso Reyes y Julio Cortázar y la que ofreció sobre Octavio Paz. La dedicada a Reyes y Cortázar apenas aborda la obra de los autores referidos, es solo un pretexto para hablar de la experiencia, la amistad y el amor. El recurso es muy poco serio. Abre la conferencia con Reyes, contando unas cuantas anécdotas de su trato con él, recuerda que Reyes escribió *La experiencia literaria* y de ahí se pasa a hablar largamente de la experiencia humana, sin que se vuelva a mencionar al autor regiomontano. En la segunda parte de la conferencia hace lo mismo con Cortázar: anécdotas personales dan pie a decir que Julio era muy buen amigo y de ahí se fuga en una larga disertación sobre el amor y la amistad. Es decir: utiliza a Reyes y a Cortázar para hablar de temas que ya tenía preparados de antemano. Un recurso tramposo.

Otro caso, muy diferente, es el de la conferencia sobre Octavio Paz. La dictó el 5 de mayo de 1998 en Londres—no se indica en dónde, a diferencia del resto

LIBRO DEL MES

68

LETRAS LIBRES  
ABRIL 2020

de los textos de este libro—, unas semanas después de haber fallecido el poeta. Al comenzar aclara: “no creo que un escritor mexicano haya escrito más que yo sobre Paz”. Sin que Fuentes lo diga en su conferencia, todo cambió con el ensayo crítico de Enrique Krauze sobre Fuentes publicado en *Vuelta*, que el novelista consideró una traición. Paz habría roto una regla no escrita: no se publican ataques contra los amigos. En vida, Fuentes no dijo públicamente nada sobre Paz, ya muerto reunió valor. La poesía de Paz “no es tan alta como su prosa”. “No fue Gorostiza, Villaurrutia o López Velarde.” La poesía de Paz tiene fuertes deudas con la de Guillén y Prados, dice Fuentes, y pide a Carlos Blanco Aguinaga que haga “un buen estudio comparativo”. Recordando el paso de Paz por el Banco de México en su juventud, donde quemaba billetes, dice Fuentes: “Octavio, físicamente, incendió al dinero, ¿lo incendió, otro día, el dinero a él?” Con un sentido del honor muy dudoso, Fuentes pisotea al amigo muerto. “Queríamos —dice el escritor en su conferencia— dar una prueba de coexistencia respetuosa. Casi lo logramos.” Como Paz “lo traicionó”, se perdió el respeto. Esas palabras, con sabor a ceniza, fueron las últimas de Fuentes sobre Paz, al que sobrevivió catorce años. Es una lástima que en el prólogo Boldy rehuyera abordar con detalle el tema.

Algo muy importante de una conversación se pierde, como toda traducción, al ser trasladada al papel. Una conferencia es una actuación. Importa lo que dice quien habla pero también su entonación, sus énfasis, sus ademanes, sus silencios. En vivo las conferencias de Fuentes eran muy exitosas. En libro, sin el soporte de la gesticulación, saltan a la vista las frases arbitrarias. Frases altisonantes: “que la cosa que yo poseo sea tan mía que tenga, también, lo que yo poseo para perder y ganar: mi vida y mi muerte”. Frases fáciles: “Balzac vence a la muerte con la literatura.” Frases tontas: “No se a dónde habría llegado Mme. Bovary con una tarjeta de American Express.” Chabacanerías: “el amor es nuestro acercamiento posible a la divinidad, es nuestra mirada de adiós y nuestra mirada de Dios”. Frases huecas: “la literatura solo tiene un tiempo, el tiempo verdadero del corazón humano”. Cantinflismo puro: “El arte concebido como compañero de la novedad ha dejado de ser novedoso porque la novedad era, a su vez, compañera del progreso y el progreso ha dejado de progresar.” Todo esto en medio de frases brillantes, incisivos párrafos de crítica literaria, agudas observaciones sobre el papel de la novela y el novelista en nuestro tiempo.

Siempre me ha parecido admirable el amor de Carlos Fuentes, muchas veces bien correspondido, a

la literatura. En verdad él creía que la novela y los novelistas tenían algo importante que decir en medio de la convulsión informativa de nuestros días. Pensaba que la democracia estaba en riesgo si no ofrecía resultados tangibles, algo en lo que tenía razón. La democracia es algo más que las indispensables elecciones. No lo supimos ver a tiempo y hoy como sociedad pagamos las consecuencias. Fuentes consideraba que a la fría lógica que dominaban las decisiones políticas y económicas había que oponerle la voz de la novela contemporánea, una voz mestiza, plural, nómada, puente entre la aldea local y la aldea global. La novela, a diferencia de la historia, no ofrece un sentido para interpretar la realidad, es plurívoca, polivalente, “única capaz de oponerle así sea un mínimo de resistencia a la asimilación al mundo económico, al asalto del mundo político”.

De acuerdo a Carlos Fuentes, “vivimos en la desesperanza y el azoro” al darnos cuenta de que “estamos siendo esclavizados en nombre de la libertad, asesinados en nombre de la vida y oprimidos con los instrumentos destinados a la felicidad”. Ante este panorama desolador, “nunca ha sido menos escuchada la voz de la literatura”. Y ahora es más importante oírla. “El arte y la literatura son el espacio espiritual de un país”, declara Fuentes. La literatura podría aportar, al complejo mundo actual, un modo diferente de aproximarse a la realidad, otra forma de conocimiento (distinta del lógico). En literatura “el nombre del conocimiento es imaginación”. Más específicamente, ¿qué puede aportar la novela a la discusión pública? “¿Qué podría decir una novela que no podría decirse de ninguna otra manera?” Según Fuentes, puede decirnos “en qué consiste el ser concreto del ser humano en la historia”. No ofrece una utopía, ni una visión redentora, ofrece mestizaje; en lugar de la visión homogénea, ofrece la certeza de “que el mundo es más diverso y extraño que nuestro conocimiento del mundo”.

Me temo que, aunque necesaria, ni la voz de la novela ni la voz de los novelistas se escucha de forma destacada en el concierto mundial. El saber de la novela es ambiguo, enigmático, problemático, no se presta a las banderas.

Fuentes conoció, y puso en práctica, esa esencial ambigüedad narrativa en sus mejores obras. En sus ensayos y, más aún, en sus conferencias, postuló que la literatura era una forma de conocimiento necesaria para el mundo. Y tal vez tenga razón. —

---

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.